

CARMEN RESINO DESCUBRE A LA HIJA MENOR DE GALILEO

VIRTUDES SERRANO
Universidad de Murcia

La historia literaria de Carmen Resino es larga, prolífica y variada. Conocida autora de literatura dramática, género al que se ha dedicado desde 1966 y en el que cuenta con una treintena de obras, casi todas publicadas y muchas estrenadas, en 1986 se pone al frente de la Asociación de Dramaturgas, recién constituida, para reivindicar el derecho de las autoras de teatro al espacio público y visible de la representación teatral. Carmen Resino había nacido en Madrid en 1941 y se licenció en Historia por la Universidad Complutense; poco después, al obtener por oposición libre una Cátedra de Enseñanzas Medias, se aleja temporalmente de los círculos teatrales y literarios en los que se movía en la segunda mitad de la década de los sesenta. Ello no la hace abandonar su actividad como escritora, que desarrolla también en poesía (*Camino de destrucción* constituye una selección de poemas de la autora representados en 1973 en el Foro Teatral de Madrid, por el Grupo La Gorgona, dirigido por Javier Rodríguez), ensayo, crítica literaria, y narrativa.

En esta última ha quedado finalista en distintos premios (*Flora y fauna* lo fue del Premio Nadal en 1966; *Musas y Gorgonas*, del Premio Ateneo de Valladolid de Novela Corta 1970; *Retablo de Manolito Anaya* obtuvo Mención de Honor del Premio Felipe Trigo de Badajoz en 1984; *Ya no hay sitio* (Madrid, Fundación Dolores Medio, 1985) había obtenido el Premio Café Gijón de Gijón 1983. A estos títulos siguieron *Amazonía* (Barcelona, Buganville, 2001), finalista del Premio Tigre Juan en 1987 y del Premio Editorial Torremozas en 1988; *El año que nos quedamos sin verano* (1993); La colección de relatos *El oscuro origen de los comportamientos* (1994); *Peligrosamente literarios* (1997-1998).

En 2009, tras manifestar su reencuentro con un género que, en realidad, nunca ha abandonado, publica *La bóveda celeste*,¹ una novela histórica sobre el poder; sus

¹ Carmen Resino, *La bóveda celeste*, Madrid, Roca, 2009.

manejos y abusos y sobre las mujeres que lucharon por sobresalir en un mundo que no les pertenecía y sobre aquellas que se marchitaron, víctimas de las leyes que regían su existencia.

Dividida en una «Introducción», un «A modo de prólogo», dos partes y un «Epílogo», el punto de partida que elige la autora para iniciar la escritura de este libro –no la peripecia vivida por sus personajes– se apoya en la oportunidad de las fechas; en 2009 se han cumplido los cuatrocientos años del uso del primer telescopio, que llevó a cabo Galileo en el «Campanile» de la Plaza de San Marcos de Venecia. Resino recoge esta efeméride en unas pocas páginas al comienzo bajo el título «Venecia, 21 de agosto de 1609», pero nada más lejos de su propósito que contar la historia del gran inventor barroco. Aunque la existencia de este gravite sobre los sucesos y los personajes, y reaparezca constantemente por la obligación que impone a sus dos hijas, verdaderas protagonistas (Virginia, conocida en religión como Sor María Celeste, y Livia, que tomó el nombre de Sor Arcángela), de acatar la clausura, y por su presencia-ausencia en las vidas de estas, ya anciano y casi ciego, condenado por la Inquisición a reclusión domiciliaria de por vida, en las proximidades del convento donde ellas se consumían.

La autora recoge la historia de estas dos mujeres, concediendo el protagonismo a la hija menor, Sor Arcángela, «La otra hija de Galileo», como ella misma la nombra, que da título a la «Segunda parte» del relato. La peripecia vital de esta monja que quiso ser artista la desarrolla en un marco narrativo compuesto por el «Prólogo» y el «Epílogo», que transcurren en 1737, «casi un siglo después de la muerte de Galileo», cuando se exhuma el cadáver del astrónomo y se produce un extraordinario hallazgo.

La reconstrucción de esas vidas truncadas en la vorágine del siglo barroco italiano, con el espacio más ancho europeo de la Reforma y la Contrarreforma; con sus intrigas palaciegas; con la corrupción de un papado más dedicado a la política y al disfrute de lo terreno que a la salvaguarda de la fe, supone un alarde de conocimientos históricos y de diestra composición narrativa por parte de una autora que, desde su primera obra teatral, mostró gran habilidad para el manejo de la historia, que tan bien conocía por profesión, como marco en el que desplegar sus temas. Así lo hace desde *El Presidente*, una obra teatral de 1966 que tiene lugar en Escocia, entre 1286 y 1292.

Historia, ciencia y arte impregnan cada página del relato sin lastrarlo, perfectamente imbricados cada uno de estos elementos en el conjunto de la narración de los sucesos o de la composición y motivos de sus personajes. No sería justo para quien haya de leer el libro desvelar sus claves argumentales, sustentadas en una intriga que surge en las primeras páginas y que jalona de forma vertebral todo el proceso narra-

tivo hasta las últimas secuencias de la historia. Sí destacaremos algunos de los elementos temáticos que surgen en las palabras de los personajes o en la voz de la narradora omnisciente al considerar la acción del destino sobre la voluntad de los mortales, al enjuiciar las formas de comportamiento de los poderosos, al descubrir las «provechosas alianzas» de quienes medran en cualquier estrato social, al mostrar la contaminación de la iglesia y el extremado uso de castigos y disciplinas contra los disidentes, al colocar como protagonistas a las mujeres, a pesar de que el destino de las hembras era incierto dentro de una sociedad que ni a las artistas concedía inmunidad y que obliga a una obediencia que lleva a muchas al desastre psíquico y espiritual. Pero todo esto no es de extrañar en una autora que dramáticamente ha expresado idénticas preocupaciones desde su primer texto; que ha superpuesto el protagonismo de Penélope sobre el de Ulises (*Ulises no vuelve*); que ha mostrado la denodada lucha de una princesa china del siglo XV (*Nueva historia de la princesa y el dragón*), para hacer valer sus derechos dinásticos frente al tradicional destino de las mujeres de su país, que ha dejado al descubierto el conflicto íntimo de la «reina virgen» (*Los eróticos sueños de Isabel Tudor*) o que ha puesto en tela de juicio los procesos inquisitoriales en *Bajo sospecha*.

Pero, con ser *La bóveda celeste* un texto interesantísimo desde el punto de vista del contenido, no son menores los méritos estéticos y de construcción del relato. Ya hemos apuntado cómo la autora mantiene viva la intriga de principio a fin, lo que, unido a la ágil expresión y la claridad expositiva, convierten el libro en una lectura al tiempo culta y amena. No obstante, al igual que se ha producido por su parte un estudio y tratamiento previo de los ingredientes históricos, artísticos y religiosos que configuran el material descriptivo-narrativo, también ha sufrido un profundo proceso de asimilación el sistema expresivo que evoca el tiempo y la condición de los personajes con absoluta flexibilidad en el empleo de formas gramaticales y voces de procedencia siglodorista, que no empañan la claridad de que también hace gala la construcción de la historia.

Una interesante característica del estilo narrativo es la ductilidad con que la narración se traslada del estilo indirecto de la tercera persona narrativa a la irrupción del diálogo, casi teatral, totalmente liberado de cualquier enlace propio del género en que se produce en esta obra. Un ejemplo palpable se encuentra en el paso de la «Introducción», a la secuencia siguiente («A modo de prólogo»), donde hallamos una conversación entre el padre (Galileo) y sus hijas, sin previo aviso de la narradora. No menos destacable es el uso alternado de un estilo indirecto libre que de pronto se libera de las ataduras narrativas y fluye desde la voz directa de los personajes o desde su pensamiento. En una ocasión (p. 200), tras el aviso de que el personaje pierde la atención por su interlocutor («Viviani quedó un momento suspenso») se

produce la narración de un hecho que vivió este personaje, fiel colaborador y defensor de Galileo, expresado en tercera persona narrativa, salvo las tres interrogaciones retóricas con las que la secuencia se cierra. Tras ello, el lector, avisado por la voz narrativa («...y si como pienso, continúan allí, tal vez sor Arcángela... –continuaba Ronconi a un momentáneamente distraído Viviani» -p. 201-), se da cuenta de que ha asistido a la interrupción de una conversación porque el personaje se ha abandonado a sus pensamientos y su interlocutor no se ha percatado de ello.

En cuanto a la estructura del relato, cada una de las partes se compone de breves capítulos (doce para la primera y quince en la segunda), cada uno se inicia con la presencia de un personaje que lo protagoniza o da lugar a que se desarrollen los acontecimientos y progresa la intriga y todos poseen un final rotundo que genera sorpresa, reconocimiento o información. Reside en esta estructura una muestra más de la pericia narrativa de la autora pero deja también traslucir a la importante dramaturga, experimentada en la pieza breve, capaz de producir una intriga, desarrollarla y concluirla, sin esfuerzo, en pocas páginas. Esa misma mixtura de narradora diestra y dramaturga experimentada se percibe en las últimas páginas del «Epílogo», donde la autora, desligada ya de la responsabilidad histórica, maneja la ironía al transcribir la firma del cuadrado de la Magdalena, y el destino último de unos objetos que han hecho padecer intensamente y por distintos motivos a todos los personajes. Esta última secuencia, concebida como un «allegro», posee un ritmo rápido, sin pausa hasta el sorprendente y enigmático suceso con el que da fin.

La bóveda celeste, de Carmen Resino, es un placer para quien se acerque a ella; quien suscribe estas páginas, conocedora en profundidad de su obra dramática, ha descubierto a una narradora brillante, a una mujer que, contra el viento y la marea de las circunstancias que rodean la literatura en estos tiempos de imagen e Internet, ha sido capaz de mirar con nuevos ojos la historia y nos ha mostrado una parcela inexplorada de ella, la de la presencia de «La otra hija de Galileo».